

El Test de las Malvinas

Eduardo Goligorsky Eduardo Goligorsky. Escritor y ensayista argentino. Es autor de varios cuentos ("Memorias del futuro", "Adiós al mañana", "A la sombra de los bárbaros", "Pesadillas"), así como de novelas y ensayos, que se han publicado en la Argentina y España. En 1973 obtuvo la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (género Ensayo) por su libro "Contra la Corriente". Varias de sus obras han sido traducidas al inglés, al italiano, al alemán, al francés y al sueco.

- No es posible que usted dé la espalda a todas sus responsabilidades, huyendo de ellas - insistió el mayor Danby -. Esa una actitud muy negativa. Escapista.

Yossarian rió con exultante desdén y meneó la cabeza.

- No huyo de mis responsabilidades. Huyo hacia ellas. No hay nada de negativo en el hecho de huir para salvar mi vida.

Joseph Heller, Trampa 22

Es patética la puntualidad con que el conflicto de las Malvinas ha reactivado el núcleo de violencia endémico de la sociedad argentina. El estallido, encubierto por la máscara de la reivindicación nacionalista, no hace más que trasladar al plano exterior los actos de fuerza que se pusieron en marcha dentro del país, con obvio desprecio por la vida humana, a partir de dos asesinatos alevosos perpetrados en 1969: el de un ex presidente, el general Pedro Eugenio Aramburu, y el de un dirigente sindical peronista, Augusto Vandor. Desde entonces, todos los bandos en pugna justificaron sus desafueros mediante monsergas nacionalistas. Unos mataban para librar al país de la colusión entre la oligarquía nativa y los imperialismos yanqui e inglés y postulaban un modelo de socialismo anómalo sobrecargado de contaminaciones chovinistas, bárbaras y represivas. Otros mataban con el pretexto de evitar que la derrota de los dos imperialismos trajera aparejada la implantación de un sucedáneo soviético o cubano, y sintetizaban su precaria ideología en consignas tales como: "Ni yanquis ni marxistas, peronistas", o "El mejor enemigo es el enemigo muerto". Otros, en fin, mataban para salvaguardar una versión desnaturalizada de la civilización occidental y cristiana, sujeta a la doctrina de la seguridad nacional. El denominador común de los tres grupos era, como se ve, la inmolación del adversario interpretado como personificación del enemigo foráneo.

Exterminio sistemático

El triunfo de la tercera de las corrientes necrófilas se tradujo en una degradación sistemática de la sociedad, donde quedaron rampantes el miedo, la opresión, la apatía, la mediocridad y la crisis económica. Degradación que, es indispensable aclararlo, también se hubiera producido si hubiera triunfado cualquiera de las otras dos corrientes, igualmente intolerantes y maniqueístas.

Con el transcurso del tiempo, las contradicciones internas del régimen - no exento de tentaciones populistas y de anhelos de legitimación - allanaron el terreno para los primeros amagos de resistencia y rebeldía, tanto en el campo político como en el social y en el cultural. La oposición superviviente fue alterando, con tacto y prudencia, las reglas del juego, y de pronto el gobierno se encontró frente al hecho consumado de una liberalización imprevista que amenazaba con arrebatarse el control del proceso.

Fue entonces cuando los estrategas del régimen idearon el gambito del desembarco en las Malvinas, apostando una vez más a las virtudes de la fuerza y el nacionalismo visceral como factores de cohesión y distracción. Al proceder así no contabilizaron, claro está, el número de víctimas propias y ajenas. Incluso es significativo, en este contexto, que las autoridades argentinas se jacten de haber dictado instrucciones encaminadas a reducir el número de bajas ajenas, aunque ello implicara aumentar el número de las propias. "No se derramó una sola gota de sangre inglesa o isleña (durante el desembarco inicial), y los argentinos tuvimos nuestros muertos y heridos por la orden que emanó expresamente de la Junta Militar para la operación", expresó el general Leopoldo Galtieri a la televisión mexicana, y afirmó a renglón seguido: "Tengo 400 argentinos muertos, y si es necesario... la Argentina está dispuesta a tener cuatro mil, o cuarenta mil".

Semejantes asertos parecen demostrar que la larga campaña de lo que se dio en llamar "guerra sucia", con su secuela de decenas de miles de muertos y desaparecidos, ha producido un deletéreo embotamiento de la sensibilidad, no sólo en quienes ejercen el poder sino en el conjunto del cuerpo social, hasta el punto de habituar a los ciudadanos a la aberrante idea de que las vidas humanas pueden estar sujetas a la manipulación y la aniquilación si así lo estipulan caprichosas consideraciones utilitarias. Desatino este doblemente chocante si se piensa que la Argentina apenas empezaba a restañar las heridas y los traumas producidos por la amputación de una parte - la más joven - de su organismo, cuando ya se envía al matadero a la camada inmediatamente posterior. Como si se hubiera planificado el exterminio sistemático de las nuevas generaciones.

Campaña irredentista

El núcleo violento de la sociedad argentina que acaba de reactivarse coexistía, sin embargo, durante sus períodos de latencia, con una vocación humanista y generosa, estrechamente asociada a una tradición democrática y pluralista, rica en méritos y fecunda a pesar de su ahora comprobada fragilidad. Hubo una época en que las preferencias de lectores y espectadores se encauzaban hacia la figura del antihéroe (por ejemplo, el paradigmático Yossarian, protagonista de **Trampa 22**), hacia la desgarradora parábola antibélica (como **Johnny fue a la guerra**, de Dalton Trumbo), o hacia la mordaz sátira antinuclear (encarnada en el inefable doctor Insólito o Strangelove, aquel que amaba la bomba). Nadie dotado de un mínimo decoro intelectual aprobaba el "Apoyo a mi país tenga o no razón", detrás del cual se broquelaban los norteamericanos partidarios de la guerra de Vietnam, y

aún hoy produce escalofríos el macabro "Mejor muerto que rojo" que resume la **Weltanschauung** de varios halcones adscriptos a la administración Reagan.

Pero, cosa curiosa, muchos de quienes abrazaban la causa de la racionalidad y el pacifismo en relación con conflictos ajenos o de improbable materialización, o con situaciones ficticias, no vacilan en abjurar de talante civilizado cuando una astuta invocación a la propia soberanía agredida moviliza todas sus reservas de adrenalina y les hace urdir sofismas para apoyar una política de fuerza que, en abstracto, habrían considerado deleznable.

Naturalmente, quien disfruta del privilegio de hallarse lejos del escenario de los acontecimientos, siente la necesidad de atemperar un poco el juicio crítico respecto de los políticos y sindicalistas que, dentro de la Argentina, parecen sumarse a la campaña irredentista, matizándola con una causta censura a sus gestores. Se entiende que esta es la táctica que han elegido para concertar un acuerdo que ponga fin al régimen militar, y por lo tanto hay que valorar todas sus humillaciones, concesiones y complicidades como pasos previos para la recuperación, parcial y condicionada, del sistema pluripartidario.

Tampoco debe extrañar la aparente unanimidad con que políticos y sindicalistas argentinos han apoyado la negativa del régimen militar a aplicar la Resolución 502 de las Naciones Unidas, resolución esta que encerraba, desde el vamos, la fórmula para el cese inmediato de las hostilidades, con el consiguiente ahorro de vidas humanas. Dada la naturaleza del sistema opresivo que impera en la Argentina, es inimaginable que se ventilen iniciativas conciliadoras como las que postula la oposición británica, y es más impensable aún que alguien pueda enarbolar en Buenos Aires una pancarta equivalente a la que se vio desfilar por Londres, con la leyenda: Me avergüenzo de ser inglés. No puede haber en Argentina pacifistas como los que pulularon en los campus norteamericanos, en los años 70, y por ello es casi heroica la actitud del Movimiento de Integración y Desarrollo, encabezado por el ex presidente Arturo Frondizi.

Frondizi, cuando afirma públicamente: "Es falso que cuando hay un conflicto internacional haya que callar las discrepancias con el gobierno, aun las que suscite ese mismo conflicto", para preguntar a continuación: "¿Se evaluó la relación de fuerzas internacionales, no sólo militares sino políticas y diplomáticas? ¿Se evaluaron las consecuencias económico-sociales del conflicto, no sólo en costo operativo sino en orden a las represalias y medidas de diversos países? ¿Se consideró el efecto debilitante en la posición del país de la crisis económica en la que nos encontrábamos?... ¿No se tuvo en cuenta que hay argentinos que piensan que la soberanía territorial tiene el contrapeso de una creciente pérdida de nuestra soberanía económica y política en virtud del programa que está en aplicación desde 1976?"

Recomponer el virreinato

La hipótesis de que una guerra externa puede contribuir a acelerar el retorno a la democracia merece, además, lógicas objeciones éticas. La presunción de que es lícito emplear medios cruentos para alcanzar fines meritorios ya está descalificada por la historia, en la cual proliferan los testimonios de guerras y revoluciones cuyos fines terminaron por ser irreconocibles, una vez alcanzados, en razón de la progresiva descomposición de los medios, descomposición que se contagia, insensiblemente a todos los elementos humanos comprometidos en el proceso. Y así lo entendieron, aparentemente, todos los anteriores gobernantes argentinos, muchos de los cuales se enorgullecían de su nacionalismo, cuando descartaron la tentación de recuperar el control de las Malvinas mediante la fuerza. Como confesó el ministro del Interior, general Alfredo Saint Jean, ningún gobierno constitucional podría haber acometido semejante empresa.

El gradual acostumbramiento al uso de la fuerza como panacea y factor de aglutinación podría abrir asimismo las compuertas de una escalada expansionista cuyas consecuencias serían imprevisibles. Por ejemplo, algunas bibliotecas y archivos aún atesoran los mamotretos de los nazis criollos que, en las décadas del 1930 y el 1940, acariciaban el alucinante proyecto de recomponer el Virreinato del Río de la Plata. Hay, para echar más leña al fuego, conflictos latentes con Brasil por el uso de los ríos limítrofes como vías de navegación y como generadores de energía hidroeléctrica, y con Chile por el trazado de las fronteras en la Cordillera de los Andes y el Canal de Beagle. Con un poco de buena voluntad, la Antártida puede convertirse, igualmente, en un semillero de disputas. Si el empleo de la violencia diera resultados positivos la primera vez, en el orden interno o en el externo, resucitando la democracia o expandiendo el ámbito de la soberanía, habría una pléthora de puntos de fricción listos para justificar otras aventuras irredentistas. Súmese a ello el efecto de resonancia, en virtud del cual todos los países con problemas de límites se sentirán autorizados a resolverlos mediante invasiones o desembarcos, con la esperanza de que éstos o aquéllas resulten rentables y queden impunes, y se tendrá una idea bastante clara de lo que podrían ser los prolegómenos de la hecatombe final.

El potencial nefasto de la institucionalización de la violencia no se agota, empero, aquí. La hipótesis de que es lícito recurrir a la fuerza para recuperar la soberanía perdida y para reparar agravios reales o imaginarios inferidos a la nación, se presta a ominosas interpretaciones muy alejadas de las que sedujeron inicialmente a la junta militar, aunque no por ello desprovistas de cierta coherencia lógica. Ocurre que si se cotejan los perjuicios ocasionados a la Argentina durante la más que secular permanencia de los británicos en las islas Malvinas, por un lado, con los perjuicios ocasionados al país por la permanencia en el poder de los equipos golpistas que se sucedieron casi ininterrumpidamente desde 1966, por otro, se llega a la paradójica conclusión de que los primeros fueron nimios y de orden casi exclusivamente moral, en tanto que los segundos fueron descomunales y de orden tanto moral como material (muertes violentas en los frentes interno y externo, descalabro económico, desquicio cultural, inoperancia sanitaria, opresión y represión, emigración masiva, etcétera). O sea que mediante la apología de la vio-

lencia reparadora ejercida contra el enemigo externo, se practica una reivindicación póstuma de quienes pretendieron implantar a sangre y fuego un nuevo sistema social interno adornado con quiméricos atributos de justicia. Más aún, se refuerza el desvarío de quienes desearían reeditar la experiencia homicida de la guerrilla y el terrorismo. Desde esta perspectiva, ni siquiera se puede descartar la conjetura de que quienes hoy corren a reclamar armas y a enrolarse como voluntarios para la guerra contra los ingleses, sientan la tentación, mañana, de encauzar sus instintos violentos por los carriles de la insurgencia.

Juego de masacre

La conflagración desencadenada en las Malvinas también encierra un desafío singular para la numerosa colonia argentina dispersa por el mundo, cuyos miembros deberíamos estar particularmente pertrechados para elucidar los entresijos de la crisis. No hay que olvidar que muchos de nosotros nos hemos guiado por la sabia filosofía de Yossarian y hemos pensado: "no hay nada de negativo en el hecho de huir para salvar la vida". Lo cual, por lo menos en teoría, nos coloca en situación de ventaja respecto de quienes adhieren inexorablemente a la dialéctica de las armas. En circunstancias bélicas como la que nos ocupa, la valoración indiscriminada de la vida humana, tanto propia como ajena, puede convertirse en la clave de una solución pacífica, despojada de arrebatos emocionales y de desplantes jactanciosos, y evita caer en contradicciones como la que se le deslizó al escritor Ernesto Sábato. Este, que siempre ha sido un consecuente defensor de los derechos humanos, y un fiscal tan implacable de las atrocidades de la guerrilla como de las atrocidades de las fuerzas de represión, hizo un panegírico acrítico del desembarco en las Malvinas que, a su juicio "va a suponer el final de una era del imperialismo", y en el que el pueblo argentino habría actuado por "motivos estrictos de soberanía y dignidad". Sin embargo, el prestigioso escritor olvidó, aparentemente, que a la hora de contar los muertos tanto da que estos hayan sido abatidos en nombre de la revolución social, de la consolidación de las viejas estructuras del privilegio, o de una histórica operación antiimperialista.

Mas no es sólo la valoración indiscriminada de la vida humana lo que los argentinos que residimos fuera de nuestro país de origen deberíamos haber internalizado. En nuestro caso específico, o sea en el de quienes nos radicamos en España, hemos tenido la prerrogativa de asistir a un fenómeno de transición pacífica en un clima de diálogo, conciliación, negociación y pragmatismo. Y tal vez lo mejor que podríamos hacer, en beneficio nuestro y de quienes no nos acompañaron en el éxodo, sería estudiar las condiciones idóneas para reproducir semejante clima, pues sólo reproduciéndolo se podría regenerar la convivencia civilizada tanto dentro de la Argentina como en el campo de las relaciones con el resto del mundo.

Por último, al estar lejos del ojo de la tormenta y de las presiones intimidatorias que coartan el libre examen dentro de la sociedad argentina, los expatriados nos hallamos en una excelente situación para practicar el análisis medianamente obje-

tivo de las alternativas del enfrentamiento armado en el Atlántico Sur, y de sus antecedentes. Desde luego, dicho análisis no debería estar encaminado a formular juicios apodícticos sobre el tema de la soberanía, pues ello equivaldría a compliarse en el juego de masacre montado por las partes beligerantes, sino que debería circunscribirse a facilitar la compilación de datos útiles para un posterior debate racional. En el curso de este ejercicio intelectual se comprobaría, por ejemplo, que el status colonial de las Malvinas no podría haber sido más atípico, pues pesaba sobre un territorio, pero no sobre sus habitantes, unidos por lazos de nacionalidad y cultura a la potencia presuntamente colonizadora; que los malvineros tendrían motivos para sentirse tan colonizados por los argentinos como los hindúes lo estuvieron por los ingleses o los argelinos por los franceses, desde el momento en que les resultaría imposible continuar desarrollando su estilo tradicional de vida (aunque los argentinos prometieran respetarlo, difícilmente los malvineros podrían seguir divorciándose allí donde la legislación no lo permite, y este es sólo un detalle nimio, que palidece cuando se lo compara con otros elementos de tanta magnitud como la vigencia imprescriptible del habeas corpus o la derogación efectiva de la pena de muerte en territorio inglés); que si bien algunos malvineros son ciudadanos de segunda categoría y viven en condiciones de servidumbre semifeudal, la perspectiva que les aguarda es la de sumarse a una comunidad donde todos los ciudadanos son periódicamente de segunda categoría, pues cada golpe de Estado los despoja de sus derechos, y a una región específica, la austral, donde las condiciones de servidumbre semifeudal aún no han sido abolidas (como tampoco lo han sido en otras regiones de la franja septentrional); que si bien las Malvinas tienen una tasa de emigración elevadísima, por la inclemencia de su clima, la Argentina también la tiene, por la inclemencia de sus gobiernos. Obviamente, de esta suma de datos - a los que, por cierto, se podrían agregar otros muchos de idéntico signo, y de signo contrario - resultaría un panorama bastante menos claro que el que nos exhiben los aficionados a los esquemas maniqueístas y a las frases hechas.

Mitologías letales

Infelizmente, si resolviéramos valernos del conflicto de las Malvinas como patrón de medida para averiguar hasta qué punto los miembros de la diáspora argentina han sabido enfrentar el desafío singular que aquel les plantea, los resultados del test dejarían bastante que desear. Aunque los grupos de expatriados que persisten en la actividad política organizada y que suscriben declaraciones sobre el tema son muy minoritarios, están muy fragmentados y son escasamente representativos, lo cierto es que no hay otros elementos - con excepción de las opiniones individuales vertidas en la prensa - para sondear el estado de ánimo de la diáspora y determinar hasta qué punto ésta ha extraído algún corolario constructivo de su trágica inmersión en la violencia pasada y de su posterior estancia en el seno de sociedades más o menos civilizadas.

Las declaraciones de los grupos de marras discurren por dos caminos nítidamente delineados. Por un lado, están quienes afirman que las Malvinas son argentinas

y que hay que apoyar su recuperación, sin menguar por ello la lucha contra el régimen militar. Quienes sustentan esta tesis suponen - como los políticos y sindicalistas radicados en la Argentina - que la movilización de masas en torno de la reivindicación nacionalista creará nuevas condiciones para restituir el poder a la mayoría. Por otro lado, están quienes afirman que las Malvinas son argentinas pero que no hay que dejarse arrastrar por la maniobra de distracción, pues lo importante es derrocar a la dictadura y montar una suerte de tribunal de Nuremberg. Sintomáticamente, las dos posiciones implican una mayor pérdida de vidas, ya sea en el frente externo, combatiendo contra los británicos, o en el frente interno, combatiendo contra la dictadura, que no se dejará derrocar así como así, y menos aún se dejará llevar ante un tribunal ad hoc.

Como se ve, los autores de estas lucubraciones no dan señales de haber asimilado las lecciones recibidas sobre la naturaleza sacrosanta de la vida humana (habrá que repetir hasta el cansancio que la de los soldados y civiles argentinos y británicos es tan sacrosanta como la de quienes emigramos empujados por un prudente instinto de conservación, cuando, a veces, ni siquiera estábamos explícitamente amenazados), ni sobre las virtudes del libre examen ni del debate racional por contraposición a los vicios de la retórica apocalíptica, de los estereotipos maximalistas, de las simplificaciones dogmáticas y de los exabruptos tribales.

Es lógico, entonces, que quienes hemos gravitado espontáneamente hacia el otro extremo del espectro de la diáspora - el extremo crítico y autocrítico, donde no se ha agotado la introspección sobre la responsabilidad que compartimos, por acción u omisión, en el holocausto argentino - experimentamos una sensación de rechazo cada vez mayor frente a la letales mitologías populistas, nacionalistas y vindicativas en las que instuimos que se hincan las raíces de tantas calamidades.

Nos desconsuela comprobar que a las asociaciones de familiares de víctimas de la represión y de familiares víctimas de la guerrilla y el terrorismo, se sumarán, en Argentina, y esta vez también en Gran Bretaña, las asociaciones de familiares de víctimas de una guerra absurda pero no por ello menos sangrienta. Es en homenaje a dichas víctimas que ni las invocaciones a la soberanía, ni la reivindicación de presuntos yacimientos de petróleo, ni los pedidos de justicia vengadora, nos moverán a renegar de la filosofía humanista de Yossarian: "No huyo de mis responsabilidades. Huyo **hacia** ellas. No hay nada de negativo en el hecho de huir para salvar mi vida". Las responsabilidades hacia las que debemos huir, para salvar la vida propia, y las ajenas, son las responsabilidades asociadas a la preservación de la paz.